tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros, por consiguiente, debemos detenernos á considerar, con los misterios y padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, despues del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo más interesante, no hay recuerdo más augusto ni más digno de respeto, más tierno ni más devoto, dice San Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de María la hace sufrir por nosotros (1).

(1) Veneranda et plena devotionis et lacrimarum memoria, recordari qualiter passa sit sancta illa anima gloriosa, suasque pertulerit de Christi morte angustias. (*S. Amad.*)

CAPÍTULO VIII.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos, padecen más que si los sufriesen ellas mismas. La Cananea. La pasion de Jesucristo se hace por lo dicho la pasion de María. Ejemplos con que los Padres explican esta comunicacion de penas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su Hijo. María, sin ser puesta en la cruz, es crucificada con Jesucristo y muere espiritualmente con El.

Es propio del amor que se llama amor de amistad transformar, como observa Santo Tomas, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios (1). Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos, y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos; por consiguiente, cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males y padecemos en él y con él (2).

Este sentimiento, que es comun á todos los que tie-

(1) In amore amicitiæ amans est in amato, quantum reputa bona vel mala amici ut sua. (*S. Thom.*)

(2) Misericordia proprie est ad alterum, non autem ad se ipsum. Ita si sint aliquæ personæ nobis conjunctæ, ut sint quasi aliquid nostri, puta filii aut parentes, in eorum malis non miseremur, sed dolemus, sicut in vulneribus nostris. (*S. Thom.*, q. 30 à 1.)

nen un verdadero amor á otro, tiene tanta fuerza, tanta energía y tanta vehemencia en los padres, y particularmente en una madre respecto á su hijo, que no necesita experimentar sus males para sentir toda la pena. Le es bastante, dice Erasmo, conocerlos para ser más atormentada y más afligida que si ella misma los experimentase, y para sufrir en la persona de su hijo más que sufre él mismo (1).

Ved esa mujer que corre desconsolada detras de Jesucristo, lamentándose, llenando los aires de gemidos y de gritos, y pidiendo al Señor que tenga compasion y piedad de ella. En vano la turba la aleja, en vano los apóstoles la rechazan, y en vano Jesus, no sólo no la recibe ni la atiende, sino que para poner su fe á una delicada prueba, finge que la desprecia. Nada es capaz de desalentarla ni obligarla á callar; nada puede impedirle que implore su misericordia y su auxilio. Pero ¿qué es lo que quiere? ¿Qué pretende? ¿Qué espera? ¿Cuál es el mal que la aflige? ¿Cuáles son las tribulaciones que la abaten? ¡Ay! Personalmente no tiene mal alguno; pero su hija única está poseida por el demonio, que la maltrata y la atormenta con crueldad (2). Esto basta; el amor maternal hace de la desgracia de la hija la desgracia propia de la madre. La hija está poseida del demonio; pero la pena y el dolor

(1) Parentes magis torquentur in filiis, quam in semetipsis. (*Erasm.*)

(2) Miserere mei, Domine fili David, filia mea male à dæmonio vexatur. (*Matth.*, xv, 22.)

de esta enfermedad corporal de la hija la experimenta la madre mucho más viva aun en su corazon. Nada, pues, habia más natural que pedir misericordia para sí misma, al pedir la curacion de su hija (1). San Isidoro de Pelusa añade que para un padre, y especialmente para una madre, es un suplicio mucho más duro y más cruel el de ver á los magistrados entregar su propio hijo á la muerte, que si fuesen entregados ellos mismos (2). Ved aquí por qué un uso constante y universal, dictado por la naturaleza y aprobado por la razon y la caridad, aleja á los padres cuando la justicia humana castiga de muerte á sus hijos. El mismo Dios, para mostrar cuán respetados deben ser entre los hombres estos miramientos tan naturales, tan legítimos y tan sagrados, quiso que se observasen aun con los mismos animales. El prohibió, en efecto, con severidad que el animal que debia servir de víctima fuese inmolado el mismo dia que sus hijos, es decir, á su vista, para no hacerle sufrir la muerte dos veces, en sí mismo y en sus hijos (3).

Por grande que fuese la avidez de Eva al contemplar con placer, y por decirlo así, al devorar con una mirada de gula y con toda la vehemencia del deseo el fruto prohibido, sin embargo, no pudo experimentar

(1) Miserere *mei*... filia mea male à dæmonio vexatur. (*Matheus*, xv, 22.)

(2) Parentibus acerbius est supplicium, cum filio exitium datur. (*S. Isidor. Pelusan.*)

(3) Sive illa bos, sive ovis, non immolabuntur una die cum fœtibus suis. (*Levit.*, xxii, 28.)

toda su funesta dulzura sino despues de haber comido de ella y haber hecho comer á su infortunado esposo. María, por el contrario, no necesita experimentar físicamente todos los dolores, todas las penas y las ignominias de Jesucristo para sentir toda su amargura. Ella es Madre, y el amor materno, dice San Bernardo, reproduce exactamente en su alma todas las angustias que la brutalidad de los verdugos y la atrocidad de los tormentos hacen sufrir al cuerpo de su Hijo (1). ¿Quereis saber lo que sufre María en su pasion? Considerad, dice San Buenaventura, lo que Jesucristo sufre en la suya, porque lo que Este sufre en Sí, el amor hace que lo sufra Aquella en El y con El. ¡Oh! ¡Cuán afligido y desolado fué el corazon de esta tierna Madre, este corazon, en el que se renovó y se repitió de una manera inefable, ay, digámoslo con su propio nombre, la carnicería cruel que hicieron en los miembros delicados y en todo el cuerpo adorable de su Hijo (2)!

De aquí nacen las magníficas imágenes y las bellas comparaciones á que recurren los padres y los doctores de la Iglesia para explicar esta correspondencia fiel, esta armonía perfecta entre los tormentos del cuerpo inmaculado de Jesucristo y los dolores del tierno corazon de María. Si dos cítaras están en una ar-

(1) Quod in carne Christi agebant clavi, in Virginis mente affectus erga Filium. (*S. Bernard.*)

(2) Quod Christus in corpore, tu, o beata Virgo! in corde perpessa es! (*S. Bonavent.*)

monía perfecta, basta tocar la una para que el sonido se reproduzca exactamente en la otra, por la vibracion simpática y por la oscilacion del aire. Tal es, exactamente, dice San Gregorio Niseno, la misteriosa concordancia y la dolorosa armonía con que los padecimientos del Hijo se repiten en el alma de la Madre (1). Cuando se encuentra un eco fiel, se oye la voz y las palabras del hombre repetidas en la parte opuesta con una exacta fidelidad en el sonido y aun en las expresiones; de este mismo modo sucede, dice Arnaldo, que no recibe Jesucristo un golpe ni una sola herida, que por una triste y dolorosa reciprocidad no se reproduzca en el corazon de María (2).

Todos los objetos colocados á la distancia proporcionada de un espejo de grandes dimensiones, se copian exactamente en él con toda la perfeccion de la figura y de los colores. De este mismo modo, dice San Lorenzo Justiniano, se repite la pasion de Jesucristo con todas sus circunstancias, toda su inhumanidad y su barbarie, en el corazon dulcísimo y purísimo de María (3).

Cuando un torrente furioso ha roto sus diques y ha abatido y derribado todo cuanto se oponia á su curso,

(1) Jesu dolente, dolebat et Mater. Erant duæ citharæ, quarum, una sonante, sonat altera, vel nullo pulsante. (*S. Gregor. Nissemses.*)

(2) Nullum ictum recipiebat Christi corpus, cui non tristis echo responderet in corde Matris. (*Arnald.*)

(3) Speculum passionis cor Virginis effectum est. (*S. Laurent. Justinian.*)

se extiende por los campos, y cuando con la abundancia de sus aguas ha llenado todos los lugares más bajos, se hincha, se eleva, inunda todos los contornos y acaba por replegarse sobre sí mismo. De este mismo modo, dice San Bernardo, este mar inmenso de amarguras, despues de haber inundado la santa humanidad de Jesucristo, se derrama fuera de El, inunda y sumerge en sus amargas ondas el alma de María, y despues de haberla saciado, vuelve con mayor impetuosidad sobre Jesucristo, á quien aflige cada vez más (1).

¿Y qué importa que María no se halle expuesta á los malos tratamientos y á los sangrientos ultrajes que hicieron sufrir á Jesucristo en la casa de Pilatos? Lo que no ha sufrido ni ha visto en el pretorio, lo conoce, lo ve, y por consiguiente lo sufre en el Calvario.

Finalmente, esta Madre tierna y desolada llega al lugar del suplicio con su Hijo anhelante y abrumado bajo el enorme peso de la cruz. Ella se pone á contemplarle de nuevo. Mas ¡oh vista cruel! ¡Oh espectáculo desgarrador! ¡Oh rostro divino, cuya vista causa la alegría y la felicidad de los santos en el cielo! ¿Dónde están ahora aquella frente serena, aquellos ojos vivos, aquellas dulces miradas, aquellas facciones admirablemente perfectas, aquel matiz esplendente y

(1) Tantus erat impetus passionis, ut Christo impleto, in Matrem confluereret patientem; qua similiter impleta, in Filium iterum redundaret. O ineffabilis reciprocatio! O dolor inexplicabilis! (*S. Bernard.*)

celestial, aquel prodigio de belleza inexplicable, aquella maravillosa mezcla de majestad y de dulzura, de santidad y de gracia, que encantaba y cautivaba todas las miradas, que subyugaba todos los corazones, que tenia suspensas las almas en un éxtasis de amor divino y en una fruicion misteriosa y celestial? ¡Ay! Todo lo que se admiraba en El de dulce, de suave, de prodigioso y de divino, todo se ha eclipsado y se ha extinguido (1). Su frente está pálida, su mirada está abatida, sus labios están cárdenos, sus mejillas santas están manchadas de salivas y surcadas de heridas; su cabeza adorable está rodeada cruelmente de una corona de espinas muy agudas. Sus puntas ensangrentadas asoman al traves de la frente, de los ojos y de las sienes, y manifiestan la horrible crueldad con que han sido clavadas y los tormentos que han debido causar al abrirse paso por unas partes tan delicadas y tan sensibles, y el dolor horrible que deben producir las que han quedado ocultas en el cerebro. La sangre que ha salido de ellas se ha cuajado en el augusto rostro. Ya no queda vestigio alguno de sus divinos atractivos ni de sus formas naturales para poderle conocer; ya no conserva siquiera la figura humana (2). ¡Oh espectáculo á propósito para romper los corazones más duros! ¡Oh vista á propósito para inspirar la compasion y el dolor! Las mujeres piadosas que le acompa-

(1) Mutatus est color optimus. (*Thren.*, IV, 1.)

(2) Non est species ei, neque decor: vidimus eum, et non erat aspectus. (*Psal.*, LI, 2.)